



EL TEATRO EN VERSO DE VALLE-INCLÁN

Josefina García Aráez



Su relación con el teatro fue constante, de amor y de odio. Frecuentaba las salas y se trataba con sus gentes. Se casó con una actriz, “menuda y salada”, de la compañía de María Guerrero. En cierta ocasión, cuando se representaba a su despreciado Echegaray, la encerró en su camerino para que no pudiera salir. También él pretendió, con poca fortuna, ser actor. Se cuenta (imposible esquivar su anecdotario) que al aludir a los sentimientos del corazón, se llevaba la mano al lado derecho del pecho. Pero él criticó, como no, a “los cómicos de España. No saben todavía hablar. Balbucean. Y mientras que no haya alguno que sepa hablar, me parece una tontería escribir para ellos”.

Pero escribió, por suerte. Y algunas de sus piezas, las que vamos a ver, están en verso. Hay en ellas dos estéticas, no estilos ni épocas, diferentes. Las dos, igualmente deformadoras, van superpuestas: el clima modernista y la visión esperpéntica. En ellas está todo Valle-Inclán: humor, ironía corrosiva y agresividad, sensibilidad y lirismo. Crueldad y delicadeza. Las que vamos a estudiar en su versificación son cinco: *Cuento de abril* (1902), que está todavía en la onda de lo que podríamos llamar “tópicos rubenianos”; *Voces de gesta* (1912), un cántico épico de un tiempo mítico y bárbaro que Valle parece añorar: “Ya no hay guerras, ni hazañas, más que una farsa”; *La marquesa Rosalinda* (1913), en la que ya se apunta el esperpento; *La enamorada del Rey* (1920), otra farsa, deliciosa; y la traca final, *Farsa y licencia de la Reina Castiza* (1920).

■ MODERNISMO Y GENERACIÓN DEL 98

A finales del siglo XIX dos maneras, que no escuelas, renovaron las letras españolas. El Modernismo, formal y estética, y la Generación del 98, crítica y de pensamiento. Las dos influyen en él.

El Modernismo, movimiento europeísta y personalizado en Hispano

América, nos llega, con Rubén Darío, en 1892. Tres años más tarde viene a Madrid “la mejor máscara a pie que cruzaba la calle de Alcalá”, según otro Ramón, Gómez de la Serna. Era Valle. Se hicieron amigos. “Este gran don Ramón de las barbas de chivo... me inquieta”, escribe Rubén. Y Valle le lee con avidez: “Darío me alarga, en la sombra, una mano.” Recita sus poemas en las tertulias de los cafés. ¿Cómo...? Hoy podemos escuchar su voz en una grabación. Tiene algo de misterio.

El clima modernista, sus formas, sus temas, marcan estas obras con artificiosas exquisiteces. Pero tampoco dejan de aflorar las inquietudes del 98 ante los problemas nacionales, en especial, de la centralizadora Castilla. Se empieza con las princesas rubenianas y se acaba con una esperpéntica reina. Dos estéticas, diferentes y superpuestas. Delicuescente sensualidad y crítica irónica.

Su género es indefinido ¿Teatro poético? No siempre. Aunque haya poesía. Y lirismo, mucho. Y su forma, es el verso. ¿Realista? En absoluto. Aunque en algunos momentos caiga en un naturalismo tremendista. Su autor, a algunas las llama farsas. “Pieza dramática, generalmente breve, para hacer reír”, según el Diccionario de la Academia. Le va bien. Pero, añade, también “Obra dramática, chabacana y grotesca. Sensacionalista y retórica”.

La estructura es amorfa. Se compone de tres jornadas, que no actos. Apenas se respetan las unidades. “Yo escribo en forma escénica, dialogada casi siempre. Pero no me preocupa que la obra pueda o no ser representada más adelante. Escribo de esta manera porque me gusta mucho y es la forma de conducir mejor la acción.” La acción, pues, está en una continua incontinencia verbal. Espléndida.

Sus famosas, y a veces discutidas, acotaciones son imprescindibles. Forman parte del texto. Si bien, algunas pueden parecernos poemas independientes. Sirven de información a directores, escenógrafos, figurinistas. Breves. Enérgicas. Absurdas. Divertidísimas.

Él considera tres posiciones para ver el personaje:

De rodillas, cuando son superiores a nosotros. Como los héroes.

De pie, si los tratamos como iguales.

Desde arriba, porque son inferiores. “Esta tercera actitud me hizo cambiar y me llevó al esperpento.”

Se observa una progresiva degradación. Los sentimientos lánguidos, las acciones bárbaras, que de todo hay, en los comienzos, se van sustituyendo por hilos de marionetas. La estética modernista va dejando paso a la del Callejón del Gato.

El número de los personajes es, casi siempre, muy numeroso. Otra dificultad añadida. Podríamos incluir tres inanimados, pero presentes:

La luna, que guiña un ojo, cómplice.

El jardín, con sus fuentes, sus mirtos y negrillos, sus pavos reales, sus ruiseñores y sus ranas.

Y el cisne. Simulacro modernista, hasta que otro poeta hispano firmó su sentencia de muerte: "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje, que da su nota blanca en el azul de la fuente. Mira al sapiente búho, cómo tiende las alas." Todo estaba cambiando.



Ramón María del Valle-Inclán.

He encontrado, curiosamente, algunos distanciamientos, no todos originales: “Esto se dice en un aparte.” “La espada de teatro nunca mata.” “Ya está sonando la campana el asistente del telón.”

Dos elementos caracterizan este teatro: Lenguaje y verso. Ahora, más que el dramaturgo o el poeta, nos interesa el literato que escribe en verso.

■ LENGUAJE

Se dice que el caballo “hace un extraño” cuando, inopinadamente, se espanta. Valle, con sus extrañas cabriolas verbales, también nos espanta. Sorprende, en principio, con su vocabulario. “Ayunto las palabras combinándolas.” Conforme a su sonoridad y grados de energía. Utiliza arcaísmos, regionalismos, barbarismos, tecnicismos, vulgarismos y cultismos, argot,... Debemos tener un diccionario a mano. Es una orgía verbal, con voluntad de estilo propio, original. Cuando le iban a someter a una transfusión, pidió: “La sangre de ése no, que lleva muchos gerundios.”

“Intentó un habla total, española, con giros y modismos de todas las regiones.” (Juan Ramón Jiménez.)

Es muy interesante lo que el propio Valle explica en su tratado *La lámpara maravillosa*: “Las palabras imponen normas al pensamiento. Lo encadenan, lo guían, y le muestran caminos imprevistos. La suprema belleza de las palabras, sólo se revela perdido el significado con que nacen, en el goce de su esencia musical, cuando la voz humana, por la virtud del tono, vuelve a infundirles toda su ideología.”

Su poder de crear imágenes, metáforas, comparaciones, es taumatúrgico: “Soy un candil que apaga cualquier viento.” “El milano que llevaba en la mano, fue volando a la paloma de mi corazón.” “Mi boca es el verano, y tu mano, es la nieve de la cumbre.” “Las arrugas circunflejas de un aspaviento.” “Como flor de piedra surge el santuario en la lejanía.”

El mundo de las sensaciones es muy amplio. Olfativas: “Olor de rosas y de manzanas tendrán mis versos.” Visuales, de luz y color: “Melado por el sol, como las mieses.” “El manteo es negro garabato.” “En la barba blanca tiene azucenas.” “Un gusano de luz temblaba como una estrella.” “Cisnes blancos, con picos de sangre al sol.” Un color se enriquece con matices: “verde gay”, “verde torongil”, “verde perejil.”

Pero el campo sensorial más rico es el sonoro, musical. Verlaine, tan admirado por Darío, aconsejaba: “Obedece al divino imperio de la música.” También Valle le hace caso. Imagina sonidos por todas partes: “Florecen las canciones.” “Llora musical.” “Sus voces tenían cadenciosas mieles.” “Habla gangosa como una monja vieja.” “Canta un romance de líricos cristales.” “La gracia pastoril del clave de Beethoven.” “Un llamado de Lohengrin.”

Ruidos y sonidos pueden provenir de:

Onomatopeyas: “Con el ¡fu! del gato, escapa.” “El zambullido de la rana: ¡zas!” “Se oye el ¡ras! de los guardapiés (faldas muy largas).” “Tac, tac, tac.” Es un cojo.

Aliteraciones: “Su garra desgarrá.” “Que aquel rufo del tufo...” “Un tropel arisco, que de risco en risco...” “Cuánto es lueño el sueño.” “Con los ramajes de los boscajes...” “Que la aurora dora.” “Una dama de su fama.” “Avecica que pica...” “Y aunque posa no reposa.” “Se reía a la luz del día, y la desleía.”

Reiteraciones: “¡Lobos, lobos negros, lobos, lobos, lobos...!” “Quién fuera pájaro del cielo, para volar, volar, volar...” “Ríe, ríe, ríe, oh, linda garganta.” “Cuánto lo siento. ¡Cuánto, cuánto, cuánto...!”

Pleonasmos: “La hechizaron los hechiceros.” “A los tratos tratados...”

Animaciones: “En las alcuzas, aprenden latín las lechuzas.” “El gallo temple el violín.” “El stradivarius del grillo.” “Monocorde violín del grillo.” “El sapo preludia en su flauta.” “La mandolina llora.” “Las luciérnagas hacen guiños.” “Canta el ruiseñor su cavatina.”

Con los metaplasmos, acorta o alarga las palabras, según la exigencia métrica: “alre(de)dor”, “quier(es) tú”, “la conversa(ción)”, “Usiría” (vuestra señoría), “atambor”, “en jamás” “asina”, “vide” (vi).

No faltan metonimias ni sinédoques: “Peregrinan sandalias reales.” “Roban por las trenzas.” “La lanza entra por la vista.” “Bayeta complutense.” “Anda en cabellos.” “Una lanza Lunada” y una “Bisarma” (alabarda), son así nombrados unos personajes que llevan estas armas.

■ VERSO

Aunque escrita en 1919, unos años después de sus dos primeras piezas de teatro en verso, en *La pipa de kif* nos pone en guardia:

Por la divina primavera
Me ha venido la ventolera
De hacer versos funambulescos.
Un purista diría grotescos.
Para la gente respetable
Son cabriolas espantables.

La verdad es que no ha tenido éxito con sus versos.

Lorca: “Como poeta, es detestable. Mal discípulo de Rubén.”

Cernuda: “Versos de no muy buena calidad, y en bastantes ocasiones, vulgares. Pero agradables de releer.”

Nieva: “Los versos de *Voces de gesta* son monstruosos.”

Yo tampoco puedo creer que Valle fuese poeta en sus versos, en el

sentido más noble y elevado de la palabra. Ni es serio. Él ya lo dijo: “Pretendo divertir.” Y nos divertimos muchísimo si le leemos con el sentido del humor alerta, y disponemos de cierto bagaje cultural para recoger sus muchas “cabriolas.” Como versificador, era consciente. Cuida mucho las formas métricas. Dentro del, a veces, enloquecedor vaivén de formas, se toma en serio sus leyes inapelables.

No es fácil encontrar un verso “duro.” Como éste: “¿Quién dio la nueva etimología?” Que, si intensificamos las sílabas 1ª, 4ª, 7ª y 10ª, nos resulta un saltarín endecasílabo de gaita.

Las rimas son expresivas, pintorescas. Valle las ha calificado de “cascabeles.” Todas son consonantes. Prodigia el esdrújulo; el efecto, casi siempre, es grotesco: “retórico-espasmódico”, “diplomático-perlático.” Otras, se forman con diminutivos: “jardines-tortolines”, “dispute-franchute”, “pajarito-maldito.” Hay varias rimas internas. “Es la palabra de la abracadabra.” Son ripios muy divertidos.

En los versos de Valle se encuentra cualquier variedad métrica posible, siguiendo a los poetas modernistas. Pero aquí el hecho se complica. Explora y cultiva continuamente nuevas formas. Y es muy difícil en el discurrir del diálogo mantener la armonía, con tantos cambios de ritmo. Algunos, forzados por la prosodia castellana. Además, la expresión, brillante y enérgica, distrae al oído. En las tiradas de cierta longitud del mismo metro, al ser en su mayoría versos compuestos, es casi inevitable “el redoble de tambor” acentual. “El verso requiere la expresión enfática”, se dice en *La enamorada del Rey*. Por eso, podríamos suponer que este teatro, más que actores, requiere recitadores. Aunque, se supone, ese “enfática” es ironía.

Hexasílabos:

A cuantas gané
y luego perdí...
a unas recobré,
a otras nunca vi.

Heptasílabos. Forman silvas, con cualquier otro metro. En este ejemplo, con octosílabos y endecasílabos:

Vísperas y sermón,
plática en el estrado,
en la vasta cocina gran matanza

Octosílabos. Muy pocos:

Pláticas en el estrado
bajo el círculo dorado
y trémulo, de la luz.

Eneasílabos. Abundan mucho. Son de influencia francesa:

Infla la luna los carrillos
y su carota de pepona
bermeja de risa, detona.

Los versos largos y de arte mayor, los que pasan de nueve sílabas, son también compuestos, si una sutil pausa interna, la cesura, los separa en *hemistiquios*. La duración de cada uno de ellos se acerca a la del grupo fónico castellano. Se comportan según las leyes del verso: sus acentos rítmicos principales irán en las sílabas penúltimas. Si el primero es agudo, se sumará una sílaba. Así en este alejandrino: “Más que al rayo del sol / temo al claro de luna.” Si es esdrújulo, se le resta. Así, en este otro: “En el teclado armónico / de sus divinas risas.” Pueden encabalgarse, o separarse un hiato:

Azor que no puede / soportar capuz
No reviene al puño / y ciega en la luz.
(Dodecasílabos)

También, alguna vez riman: “Son los trovadores como ruiseñores.” Nos hemos encontrado con verdaderas virguerías, como estos cortes entre palabras (aquí hay un hiato): “Como en esta barca / rola napolitana.” Y en este otro alejandrino, el primer hemistiquio es agudo: “Cayó como una ben/dición tu mano blanca.”

No siempre son iguales los hemistiquios. Hay múltiples combinaciones. La gran preferencia del modernismo por el verso largo, el manejo de los hemistiquios cobran una gran importancia. La armonía métrica se hace más rica. La bimembración crea ritmos añadidos. Si el hemistiquio primero termina en semianticadencia, el segundo cerrará en cadencia. Si el final del primero es una semicadencia, el del segundo será una anticadencia.

Decasílabos. Compuesto: 5 + 5:

Un pie descalzo / pienso que asoma,
de tu vestido, / bajo el cairel.
¡Lindo trasunto / de la paloma
que picotea / bajo el vergel!

Endecasílabo. Se le puede considerar un verso simple. Infrecuente:

Desgrana el clavicordio una pavana
por el viejo jardín. El recortado
mirto, que refleja en la fontana,
tiene un matiz de verde idealizado.

Hay muchos con acento en 4ª y 8ª:

Sobre la cruz de los caminos llanos
y amarillentos, una venta clásica.

Raro, encontrarse con uno acentuado en 5ª. Parece que se lo sugirió éste que le dedicó Rubén: "Don Ramón María del Valle Inclán."

Dodecasílabo. Junto al eneasílabo y alejandrino, son los caballos de batalla del modernismo. Casi todos se componen de dos hemistiquios hexasílabos: los acentos, siempre en 5ª y 7ª, "machacan."

¡Ven acá, don Lindo. / Llama al Intendente.
Quiero consultarle, / que es hombre prudente.
Y a don Tragatundas / pasa igual recado.
Quiero consultarle, / que es hombre bragado.

Los hay trimembres: 4 + 4 + 4. Y de 7 + 5, y 5 + 7, para variar su ritmo. Pero muy esporádicos. Este metro es una prueba más del gusto que sentía el modernismo por lo medieval.

De 14 sílabas. Alejandrino. Los construía perfectos. Hay muchísimos también, y como el anterior, es un acercamiento a la Edad Media. Rubén, a Berceo:

Amo tu delicioso alejandrino
como el de Hugo. Espíritu de España,
éste vale una copa de champaña
como aquél vale "un vaso de bon vino."

.....

Así procuro que en la luz resalte
tu antiguo verso, cuyas alas doro
Y hago brillar con mi moderno esmalte.

Se une, así, el modernismo de la cuaderna vía, con la novedad llegada de Francia. Con sus dos heptasílabos, acentúa, también con tozudez, las sílabas 6ª y 13ª. Y así, su discípulo Valle-Inclán.

¡Cualquier desgracia tuya / me enfermaría de pena!
¡Adiós! Voy a las Madres / donde hago una novena.

(Véase la jornada 2ª de *La enamorada del Rey*.)

Pentadecasílabos, de 15 sílabas. Con reparto tripartita: 5 +5 +5: “Los gavilanes / del rey Pagano / me daban caza.”

De 16 sílabas. 8 + 8: “Ladran los galgos del rey / a un viejo perfil de luna.”

De 18 sílabas. 6 + 6 + 6: “En los ojos tienes /al temblar, zagala, / visionaria lumbre.”

Versos de cláusulas rítmicas. A la usanza de Darío. He encontrado algunos: aislados. De ritmo anfíbraco: átona-tónica-átona, átona-tónica-átona... Darío: “Ya viene el cortejo, ya se oyen los claros clarines...” Valle: “sacando la blanca peluca rizada.” De ritmo anapéstico: átona-átona-tónica, átona-átona-tónica... “bajo el roble foral, a vosotros mi canto consagro...” Darío: “El olímpico cisne de nieve.” Pensemos que son casualidades acentuales. Hemos de considerarles como dactílicos, según nuestra base rítmica, con anacrusis en sus primeras sílabas.

■ ESTROFAS

Al igual que con los metros, sigue todo el repertorio modernista. Se despreocupa por las formas tradicionales y experimenta con otras, novedosas:

Pareados. Hay muchos, con todos los versos. El alejandrino se tomó del francés.

Estrofas de cuatro versos. Muchas, también, y de variados metros, de arte menor y mayor. Responden al modelo 1⁰-3⁰, 2⁰-4⁰, más inusitado en nuestro teatro. Raramente se desliza alguno más clásico: 1⁰-4⁰, 2⁰-3⁰.

Quintetos. Principalmente eneasílabos.

Ausencia de romances. (No practica la asonancia.)

Silva. Muchas, con diferente polimetría y heptasílabos con endecasílabos, de la silva clásica.

Aparecen cancionillas, de arte menor y variaciones de rimas, cuando quiere acercarnos a los trovadores y cancioneros medievales.

Sabido es que Valle-Inclán revolucionó la escena española. Entre otras cosas porque desterró toda la versificación tradicional y la sustituyó por metros y ritmos nuevos. En eso siguió a Ruben Darío. Pero las diferencias entre ambos son esenciales. El americano era delicado y musical. El español, más enérgico, con frecuencia bronco y sonoro. Ruidoso.

Se comprende que el actor tema intrincarse por estas selvas métricas en

las que los precipitados saltos de ritmos, las avalanchas de enérgicos vocablos y las ideas, son avasalladores. En una misma obra nos encontramos con versos de hasta dieciocho sílabas, Por otra parte, los versos tan largos resultan extraños para nuestros oídos. Aunque los hemistiquios están para acercárnoslos.

Sí, es un teatro que parece difícil, y no sólo por su verso. Lo inverosímil, el efectismo. La evasión —estética o crítica— falseadora de la realidad de unos seres. La fuerza gestual. Todo ello, diluye la acción dramática. Pero hay que representarlo. Es un divertidísimo y estupendo juego de lo absurdo. Y también, de la Poesía. Así, con mayúscula. Y sentimental.

